La calle para el miércoles 22 de octubre de 2008
Diario de un espectador
La cultura indígena
por miguel ángel granados chapa

El doctor Miguel León Portilla recibió hace dos semanas, de la Cámara de diputados, la medalla Eduardo Neri, semejante al reconocimiento que en 1995 le había hecho ya el Senado de la república al discernir en su favor la Belisario Domínguez. El doctor León Portilla se unió así al selecto y breve grupo de mexicanos a los que los dos órganos del Congreso de la Unión agradecieron sus servicios a la patria, en el que ya figuraban don Jesús Silva Herzog y Andrés Henestrosa.

Entre los muchos méritos de León Portilla sobresale su papel como conocedor y promotor de la valía histórica de las culturas mexicanas originarias, su literatura y su filosofía. Inducido por su maestro, el padre don Ángel María Garibay, aprendió el náhuatl y de ese modo penetró en la esencia del ser de nuestros antecesores. Autor de muchas traducciones de esa lengua al español, y de obras que ponen en valor la poesía y las tradiciones indígenas, compuso una *Visión de los vencidos* que da cuenta de cómo vivieron nuestros ancestros la conquista española.

Don Miguel preparó también una antología de *Trece poetas del mundo azteca*, de cuya introducción recogemos estas líneas que sitúan la importancia de la cultura que en el mundo tuvo esa literatura:

“Absurdo parecía hasta hace poco parangonar con las altas culturas del Viejo Mundo las que florecieron en el ámbito del México prehispánico. Desde el punto de vista de la historia universal se consideraba más que suficiente tratar de ellas al hablar ‘de los descubrimientos y conquistas’ de fines de siglo XV y principios del XVI. Al menos implícitamente se ligaba así la significación del ser histórico de estas culturas con el hecho del descubrimiento. Por eso, consignada la gesta de los conquistadores con la consiguiente destrucción de las culturas se daba por agotado el tema. En el mejor de los casos se hacía breve alusión a los ritos sangrientos y a las extrañas formas de vida de quienes parecían hacerse acreedores al epíteto de gentes primitivas o al menos semi-bárbaras.

Tan solo varias décadas de investigación arqueológica y un siglo escaso de moderno acercamiento a los códices y textos han abierto el campo a una comprensión histórica más amplia y profunda. En particular el estudio del arte y la literatura prehispánica llevaron a pensar que quizás no era ya absurdo intentar alguna forma de comparación entre estas culturas y las más antiguas del Viejo mundo. La razón por la cual los brotes o núcleos del Cercano Oriente, del valle del Indus y de China ocupan lugar propio en la historia y reciben el calificativo de culturas superiores, se encuentra en las instituciones que allí por vez primera florecieron: extraordinaria organización social, política y religiosa, comienzos del urbanismo, invención de escritura y calendario, creaciones artísticas de grandes proporciones y nacimiento de un comercio organizado. Lo que hoy conocemos por la arqueología y los textos prehispánicos permite afirmar que, fuera de los núcleos del Viejo mundo, es único el caso del México antiguo, porque en él hubo asimismo, en tiempos distintos y en forma independiente, creaciones básicamente paralelas.

El calendario y la escritura, al menos la ideográfica, fueron inventados en esta porción de la América Media durante el último milenio antes de Cristo. Las inscripciones procedentes de los primeros estratos de Monte Albán en Oaxaca, así como las de varios lugares cercanos a las costas del Golfo, en ‘el país de los olmecas’, son prueba de esto. Los más antiguos centros ceremoniales, como el de La Venta, en la misma región olmeca, con anterioridad a la era cristiana, pronuncian la nueva forma de urbanismo de las grandes ciudades-santuarios, Teotihuacan, Monte Albán y las muchas... del área maya...”